

DESDE MI CELDA  
(INÉDITA)

(CARTA LITERARIA)

*Monasterio de Veruela, 1864.*

Por fin, después de haber vuelto, por un momento, a ese mar sin fondo de la lucha diaria, me encuentro otra vez en el seno de la madre naturaleza. Otra vez he sido testigo de esa pequeña novela de viaje que para vosotros escribí y que vió la luz en las columnas de *El Contemporáneo* (1), y cuyo último capítulo son los altos muros de este vetusto monasterio, por los que trepa libremente la hiedra y el jaramago, y cuyo silencio sólo es turbado por la eterna canción del agua y del viento.

(1) El poeta se refiere a la primera de las *Cartas desde mi celda*, que se publicó en *El Contemporáneo*.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

Mis papeles, que esta gente respeta como cosa de hechicería, se encuentran en la misma forma que los dejé, cubiertos por una espesa capa de polvo. La carpeta de dibujo donde igual que en las cuartillas, voy dejando las impresiones de cada momento, espera también la caricia del lápiz, que en el tiempo de mi ausencia la dejó descansar. Todo, en fin, está como el día que lo abandoné para ir a perderme, solamente por un instante, en el torbellino de la lucha que a vosotros arrastra y al cual yo, por causa de mi mala salud, tuve desgraciadamente que abandonar.

Después que la lugareña que fielmente me sirve, puso sobre la tosca mesa de pino el último plato del almuerzo, y mientras el café se hacía en el rojo hogar, he salido a dar un pequeño paseo por los alrededores del monasterio, este monasterio que fundó la fe de don Pedro Atarés y que de tantos bellos fantasmas ha poblado mi fantasía.

Todo es silencio, soledad y olvido en estas veneradas ruinas. La fe que como llama viva, levantó esta oración de piedra, hoy, poco a poco, se extingue y apaga en los pechos. Este siglo positivista y burgués sólo rinde culto al dios dinero y es su romanza preferida el sonido del oro acuñado. Pero, en fin, amigos

PAGINAS DESCONOCIDAS

míos, el café, ese negro brebaje que alimenta mis nervios cansados, me espera en la taza, y mientras le bebo sorbo a sorbo, trazo estos renglones que serán un eco de mi voz y una vibración de mi espíritu en vuestra tertulia del Suizo, de la que tanto me acuerdo en esta espantosa soledad.

LA VOZ DEL SILENCIO

(INÉDITA)

(TRADICIÓN DE TOLEDO)

EN una de las visitas que como remanso en la lucha diaria hago a la vetusta y silenciosa Toledo, sucedieron estos pequeños acontecimientos que agrandados por mi fantasía traslado a las blancas cuartillas.

Vagaba una tarde por la estrechas calles de la imperial ciudad con mi carpeta de dibujo debajo del brazo, cuando sentí que una voz como un inmenso suspiro pronunciaba a mi lado vagas y confusas palabras; me volví apresuradamente y cuál no sería mi asombro al encontrarme completamente solo en la estrecha calleja. Y, sin embargo, indudablemente una voz, una voz extraña, mezcla de lamento voz de mujer sin duda, había sonado a pocos pasos de donde yo estaba. Cansado de buscar inútilmente la boca que a mi

espalda había lanzado su confusa queja, y habiendo ya sonado la hora del Angelus en el reloj de un cercano convento, me dirigí a la posada que me servía de refugio en las interminables horas de la noche.

Al quedarme solo en mi habitación y a la luz de la débil y vacilante bujía, tracé en mi álbum una silueta de mujer.

Dos días después, y cuando ya casi había olvidado mi pasada aventura, la casualidad me llevó nuevamente a la torcida encrucijada teatro de ella. Empezaba a morir el día, el sol teñía el horizonte de manchas rojas, moradas, caía grave en el silencio la voz de bronce de las horas. Mi paso era lento, una vaga melancolía ponía un gesto de duda en mi semblante.

Y otra vez la voz, la misma voz del pasado día, volvió a turbar el silencio y mi tranquilidad. Esta vez decidí no descansar hasta encontrar la clave del enigma, y cuando ya desconfiaba de mis investigaciones, descubrí en una vieja casa, de antiquísima arquitectura, una pequeña ventana cerrada por una reja de caprichoso y artístico enrejado. De

aquella ventana salía indudablemente la armoniosa y silente voz de mujer.

Era completamente de noche, la voz-suspiro había callado y decidí volver a mi posada, en cuya habitación de enjabelgadas paredes y tendido en el duro lecho, ha creado mi fantasía una novela que, desgraciadamente... nunca podrá ser realidad.

Al día siguiente un viejo judío que tiene su puesto de quincalla frente a la vieja casa en que sonó la misteriosa voz, me contó que dicha casa está deshabitada desde hace mucho tiempo. Vivía en ella una bellísima mujer acompaña de su esposo, un avaro mercader de mucha más edad que ella. Un día el mercader salió de la casa cerrando la puerta con llave y no volvió a saberse de él ni de su hermosa mujer. La leyenda cuenta que desde entonces todas las noches un fantasma blanco con formas de mujer vaga por el ruinoso caserón, y se escuchan confusas voces mezcla de maldición y lamento.

Y la misma leyenda cree ver en el blanco fantasma a la bella mujer del mercader avaro.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

Voz de mujer que como música celeste,  
como suspiro de un alma enamorada viniste  
a mí, traída por la caricia del aire, lleno de  
aromas de primavera. ¿Qué misterio hay en  
tus palabras confusas, en tus débiles quejas,  
en tus armoniosas y extrañas canciones?

*Madrid, Noviembre de 1862.*

ESTATUA DE SANTA TERESA

U no de los más distinguidos individuos de nuestra aristocracia, el señor marqués de Portugalete, ha hecho construir para su habitación un magnífico palacio en los solares del Buen Retiro, inmediatos a la Puerta de Alcalá, reuniendo en él bellísimas obras del arte moderno, debidas e nuestros primeros pintores y escultores.

Entre ellas figura la estatua de Santa Teresa, hermosa y elegante escultura que honra a su autor, el joven artista, don Elías Martín, y al arte español contemporáneo.

Al ver esta preciosa estatua, no se dirá ciertamente que nuestra época se niega a reflejar en sus obras aquel espíritu religioso, aquel sentimiento de piedad sublime que inmortalizó en sus producciones a tantos de nuestros antiguos artistas.

Cierto que el sentimiento místico ha perdido su carácter generalizador. Los tiempos



pasan y con ellos las ideas y las formas que revisten.

Ya no se alza en cada calle una iglesia y un convento; en cada esquina un Cristo esculpido o una imagen alumbrada por mal lucientes faroles; ya no encontramos a cada paso un fraile de aspecto triste y enfermizo, que parece vivir a su pesar en el mundo, y que cruza por él ajeno a los dolores y alegrías de los otros mortales. El arte se ha hecho menos dramático y espontáneo, bajo el punto de vista religioso; pero está más conforme con las manifestaciones de nuestra propia naturaleza, y a veces sin dejar de ser humano es tan conmovedor y no menos grandioso.

Nuestros antiguos artistas hacían irradiar la luz de una eterna aspiración al cielo en los rostros de sus santos y vírgenes; pero esta luz fulgurante devoraba la belleza física. Ofrecían a Dios en sus obras sacrificada la materia, y el cuerpo humano era para ellos como un vaso de tosca y despreciable hechura fabricado para contener la delicada y riquísima esencia de la piedad cristiana. Mirad los Cristos y las Dolerosas del divino Morales; veréis en ellos algo de una naturaleza extraordinaria; veréis en aquellas caras de marfil y en aquellos cuerpos hechos de ma-

nojos de huesos algo que es sublime, pero con la desconsoladora sublimidad del rostro de un moribundo.

Al interpretar el sentimiento religioso, el señor Martín ha evitado este escollo, y su estatua da completa idea de esa feliz unión del sentimiento antiguo y de la forma moderna. Está llena de espíritu, al propio tiempo que de elegancia y sencillez. Las líneas de esta composición son tan felices, que parecen las únicas convenientes para esta figura. Son las líneas de la verdad trazadas por la inspiración.

No puede expresarse en nuestro concepto de un modo más sentido aquellos *éxtasis* que la piedad bañaba con la pura luz de una sublime melancolía el rostro de Santa Teresa, cuando en su solitaria celda y reclinada en el monástico sitial, quemaba las alas de su alma en el fuego del amor divino, melancolía sublime que imprimía al propio tiempo en su pálido y bello semblante el sello del dolor que el espíritu sentía dentro de la prisión de carne, que le estorbaba ascender completa y libremente al dichoso lugar de sus visiones celestiales.

Tan acertado en el pensamiento como en la forma, el señor Martín ha creado con su cincel una estatua que se contemplará siem-

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

pre con interés por el público y que siempre merecerá los elogios de los inteligentes.

Reciba nuestros plácemes por tan notable obra su distinguido autor, y recíbalos también el señor marqués de Portugalete, cuyo amor a las artes y exquisito buen gusto claramente se han revelado en la adquisición de esta obra y de tantas otras como adornan el magnífico palacio de su residencia.

REVISTAS CONTEMPORANEAS